

INNOVAR: AGREGAR VALOR A LA EMPRESA Y A LA POLÍTICA

Por Marisol Aravena Puelma¹

Innovar, crear, atreverse a cambiar y a hacer las cosas de otra manera, son los desafíos que se nos presentan como país en la arena económica, para mejorar la competitividad y agregar valor; pero también en el área política, para renovar la forma de entender el poder y los compromisos con las personas, los habitantes de las comunidades y los electores.

En las próximas líneas, la invitación es a abordar la noción de innovación de acuerdo a los últimos informes sobre nuestro país en esa materia, como una entrada a una reflexión más provocadora sobre los retos que enfrenta el aparato público y, sobre todo, “lo público” en la búsqueda del ansiado desarrollo económico, en miras a un desarrollo humano.

Porque la innovación, más que un modelo teórico explicativo del desarrollo y el despegue económico, es una forma de entender la actividad humana que permite agregar valor a través de acciones que incluyen algún riesgo. Es la actitud innovadora, emprendedora la que nuestro país necesita, no sólo para maximizar la rentabilidad, sino también el bienestar general: desde nuestro quehacer diario, nuestra apuesta es a que los chilenos y chilenas tengan cada vez mejores

¹ Subsecretaria de Minería. Abogada de la Universidad de Chile. Ha desarrollado su carrera en la administración pública, desempeñando cargos de alta responsabilidad en las áreas jurídica, y de diseño y gestión de políticas públicas

condiciones de vida, pero, sobre todo, sean cada vez más felices y estén más satisfechos en lo económico, lo social y lo personal.

Recientemente, hemos recibido alentadoras noticias de prestigiosos organismos internacionales en relación a nuestras auspiciosas posibilidades de abandonar el estatus de subdesarrollo y de dar el esperado gran salto. Es así como el Informe de los Estudios Económicos de la OCDE no se mide en halagos a la conducción macroeconómica, afirmando que ésta ha sido admirable y está cimentada en logros previos. Particularmente, destaca que el paquete de reformas al sistema de pensiones que está tramitándose en el Congreso tiene como propósito abordar los principales problemas del actual sistema de pensiones (baja cobertura y baja densidad de cotizaciones). Ésta es la reforma más emblemática del Gobierno de la Presidenta Bachelet, que simboliza en buena medida la aspiración de la actual administración de cobijar y amparar a todos los habitantes de este país, con todas las implicancias prácticas y simbólicas que ello implica. La protección social es el sello que se está imponiendo y la reforma al sistema de administradoras de fondos de pensiones ha logrado una alta dosis de legitimidad, porque se han reconocido las falencias del sistema producto de la realidad del mercado laboral actual.

También tenemos muy buenas noticias en materia de reducción de la pobreza. Sólo para graficar la situación de los pobres en Chile, la última encuesta de caracterización socioeconómica Casen muestra una disminución del 18,7% de personas en situación de pobreza en el 2003, a 13,7% en el 2006. Lo anterior significa que 696 mil personas abandonaron la condición de pobreza. La misma

tendencia constata el último Informe sobre Desarrollo Humano del PNUD, donde nuestro país se sitúa entre las economías en desarrollo con menor pobreza.

Al igual que en años anteriores, Chile se mantiene dentro del grupo de países de alto Desarrollo Humano con un valor IDH de 0.867, que lo sitúa en el lugar número 40 de la clasificación mundial y en segundo lugar a nivel latinoamericano después de Argentina. Lo anterior se explica, según el informe, por un incremento sostenido de los niveles de acceso a la educación, a las oportunidades de salud y al ritmo del crecimiento económico.

Sin embargo, el informe PNUD y el de la OCDE coinciden en un punto que se ha puesto en el debate como crítico, la mala distribución del ingreso: Chile está entre los 14 países donde existe una mayor brecha entre ricos y pobres.

UNA SOCIEDAD DESIGUAL

La desigualdad es una situación que en Chile, no sólo responde a un modelo económico concentrador de la riqueza y expulsor de mano de obra, sino que, al parecer, se encuentra arraigada en los orígenes de nuestra constitución como nación. Si esto fuera así, nuestra conformación como República nace con la desigualdad como un elemento definitorio, lo que hace aún más dificultoso y desafiante cambiar esta estructura basada en la diferencia. Una diferencia que responde a un criterio excluyente, y no como el necesario respeto a la diversidad o a lo distinto, que es lo que nuestro país requiere para construir una sociedad más tolerante, justa y solidaria.

En Chile, la desigualdad afecta especialmente a las mujeres. La feminización de la pobreza es un fenómeno que venía produciéndose desde hace un tiempo, pero que se ha incrementado en este período, lo cual resulta más que preocupante. Mientras la pobreza en general se reduce gracias a las políticas sociales, en los hogares indigentes y en los hogares pobres ha crecido la jefatura femenina.

Más mujeres solas, a cargo de niños pequeños, menos capacitadas, tendrán más dificultades para ingresar al mundo del trabajo por la crianza o el cuidado de otros familiares, lo que se traducirá en mayores lagunas previsionales (o, incluso, no contar con cotizaciones), que finalmente se traducirá en menores pensiones para enfrentar una mayor expectativa de vida. (Por eso la pensión básica universal que propone la reforma previsual introduce el concepto de asegurar mínimos al sistema, sólo por el hecho de ser ciudadano chileno).

Sociedad pre-moderna, moderna y post-moderna, así nos tendríamos que definir como país, por cuanto en Chile coexisten realidades diametralmente opuestas, con profundas brechas que las políticas sociales están abocadas a ir corrigiendo.

El informe de la OCDE recomienda aumentar la participación de mujeres y jóvenes en la fuerza laboral para elevar el potencial de crecimiento a largo plazo de la economía, reducir la pobreza y mejorar la distribución del ingreso. A lo anterior habría que agregar que la incorporación de la mujer al mundo productivo (la empresa, lo público), debería ir acompañada de una mayor participación del

hombre en el mundo reproductivo (el hogar), de manera de que los roles tradicionalmente asignados se equilibren y ambos sectores ganen una nueva mirada en la forma de entender la realidad social.

La cohesión social, que fue el tema principal de la Cumbre Iberoamericana recientemente realizada en Chile, justamente tiene que ver con estos acuerdos-país entre los distintos sectores para orientar los recursos y los esfuerzos hacia objetivos comunes. Los acuerdos entre gobierno y oposición en materia de educación y seguridad pública (que en ningún caso representan una forma de cogobierno como algunos han querido interpretar), van en la línea de sumar esfuerzos en los temas en que hay acuerdo nacional. En ese sentido, debemos reconocer que como sociedad hemos avanzado en consensos básicos, en el convencimiento de que la clave para dar el gran salto es la educación, por ejemplo, y –particularmente- la calidad de ésta cuando ya hemos avanzado importantemente en materia de cobertura.

En ese sentido, las conclusiones del informe sobre Chile de la OCDE anteriormente citado dan cuenta de un hecho, me atrevería a decir, inédito: la coincidencia entre las políticas públicas que está llevando adelante nuestro país y las recomendaciones de los países desarrollados (lo que incluso para algunos redundó en falta de novedad del informe).

NO BASTA CON CRECER

En relación al debate sobre la pobreza y el crecimiento económico -a propósito de la reducción en cinco puntos porcentuales de la pobreza en Chile, según la encuesta Casen-, parece pertinente argumentar que si bien el crecimiento económico es una condición necesaria para combatir la pobreza, el tiempo ha demostrado que no basta con crecer para que los beneficios del crecimiento “chorreen” al resto de la población. Las últimas cifras confirman que se requiere una activa participación del Estado en políticas públicas allí donde el mercado falla o donde no se pronuncia.

Es así que el Índice de Desarrollo Humano propuesto hace 17 años por el PNUD, implica reconocer que no hay un vínculo automático entre crecimiento económico y desarrollo humano, por lo que la verdadera medida del éxito de una sociedad debe centrarse en la forma cómo los logros económicos se traducen en beneficios y oportunidades concretas para las personas. En definitiva, se pretende dar cuenta del nivel de capacidades humanas acumuladas en el tiempo.

La falta de conexión entre los equilibrios macro y la realidad cotidiana de las personas, que no necesariamente reciben los beneficios del crecimiento económico, fue detectada ya en 1998 con lo que el PNUD llamó el “malestar social”, evidenciándose esta suerte de divorcio entre estos dos niveles.

Es así que buenas noticias como la reducción del número de pobres de nuestro país (que más que una estadística, son personas), no habría sido posible sin

políticas sociales como las que se vienen aplicando en el país desde la vuelta a la democracia. No sólo se apostó a incrementar el Gasto Social para recuperar los niveles previos a las reducciones realizadas en dictadura, sino a focalizarlo mejor en los sectores más vulnerables de nuestra sociedad.

Las políticas sociales, justamente, deben responder a generar presencia del Estado en aquellas áreas donde se presentan fallas de mercado, tales como mercados poco transparentes, con asimetrías de información, donde el mercado no funciona, etc., lo que justifica la intervención estatal. Sin políticas sociales, no habría instrumentos que permitieran compensar, en algún grado, la desigualdad. Lo que buscan, justamente, es generar igualdad de oportunidades, como un piso mínimo común entre todos los habitantes de una nación, para -desde allí- poder competir en igualdad de condiciones (o al menos no tan brutalmente distintas) entre los que tienen más y los que tienen menos (capacidades, recursos, talentos, etc).

Al discurso de las capacidades propias (tan en boga en sectores liberales), el esfuerzo personal y tantos otros conceptos que ponen el acento en las posibilidades de cada individuo para alcanzar estados de “éxito”, le falta un aspecto fundamental, cual es contar con una plataforma común para todos quienes compiten. Sin duda, las características propias y aptitudes de cada individuo le permitirán alcanzar distintos niveles de logro, sin embargo, es ya es reconocido que se debe intervenir en la primera etapa de la vida para generar resultados a largo plazo. Es a nivel de los niños (los menores de 3 años alcanzan

un 21,9% de pobreza, mientras que los adultos mayores registran un 7,5%), donde la educación les permitirá reducir, en parte, la brecha, pero desde un óptica de largo aliento.

Dada la relevancia del factor educación, no se puede hablar de innovación sin considerar la formación. Entre las recomendaciones del Consejo Nacional para la Competitividad que abordaremos más adelante, se plantea como uno de los desafíos centrales elevar la calidad de la educación mejorando su eficiencia, generando una real rendición de cuentas de los participantes de este mercado y una adecuada relación entre el mandante (el Estado) y los operadores del sistema, entre otros.

DESPEGAR HACIA EL DESARROLLO

A propósito de la entrega del informe del Consejo Nacional para la Competitividad, el tema de la innovación se ha puesto en la agenda y pareciera ser de consenso nacional que lo que ha permitido a economías similares a las nuestras despegar hacia el desarrollo ha sido la inversión en ciencia, investigación y nuevas tecnologías.

El esquivo desarrollo económico que tanto hemos perseguido como nación, de pronto nuevamente aparece como una oportunidad real de que nuestro país pueda dar el gran salto, tal como lo han hecho otras naciones que hoy pueden considerarse desarrolladas.

El informe plantea que alcanzar el desarrollo requiere de un esfuerzo mucho más prolongado en el tiempo que el incremento del ingreso per cápita alcanzado en los últimos 20 años, y que el conocimiento, la innovación y el capital humano son los motores de la competitividad y el desarrollo. Agrega que la nueva economía basada en el conocimiento requiere mano de obra más calificada, desarrollar capacidades de aprendizaje permanente, redes entre instituciones para sacar el mejor rendimiento social a la interrelación entre educación, conocimiento, ciencia y tecnología, y una alianza público-privada pro innovación.

Si analizamos por parte las recomendaciones, coincidimos en que no basta con incrementar el ingreso, sino que se requiere una política nacional de más largo plazo que releve la ciencia, la tecnología y la innovación, no como una teoría de moda, sino como una cultura de investigación permanente.

Por otra parte, un estudio específico de la OCDE sobre Innovación señala que contamos con un sistema centrado en la investigación pública y escasamente conectado con las dinámicas del mercado; que la mayor parte de las investigación y desarrollo es financiada por el gobierno y ejecutada por las universidades; que hay escasez de recursos humanos especializados y un bajo desarrollo de mecanismos de apoyo financiero, por lo que recomienda, principalmente, un mejoramiento del conjunto de políticas e instrumentos y desarrollar recursos humanos para la innovación.

ROL DEL ESTADO

En nuestro país, diversos sectores consideran insuficiente el 0.7% del PIB que Chile gasta en investigación y desarrollo, y reclaman un rol más activo del Estado en aquellas áreas, a través del aumento de la eficiencia y el monto del gasto público. El rol del Estado, entonces, tiene que ser diligente para impulsar una temática que, en principio, es vista por las empresas como un gasto, pero que a mediano plazo puede hacer la diferencia en la tasa de sobrevivencia de una empresa en el mercado.

Sin embargo, aunque los propios empresarios argumenten que un emprendedor no puede ser tal sin que sea innovador, lo cierto es que el aporte público al total de la inversión en investigación y desarrollo supera con creces al del sector privado (53% a 37%, respectivamente), el que debería multiplicar su gasto casi 10 veces en la próxima decena para llegar a la proporción que exhiben los países más desarrollados.

La potenciación de los cluster o encadenamientos productivos contribuye a la diversificación productiva, lo que, a su vez, favorece el crecimiento de los países. En el caso de los cluster del cobre, un estudio de *“Caracterización de las Empresas Proveedoras de la Minería y sus Capacidades de Innovación”* realizado por CORFO, identificó como facilitadores para la innovación y el desarrollo la calificación, experiencia y actitud frente al cambio del personal (capital humano) y la cooperación con otras empresas, entre otras; mientras, entre los principales obstáculos, se encuentran los factores económico (riesgo técnico, período de

retorno y el costo asociado a la innovación), el respecto a la propiedad intelectual y la imitación a la propiedad realizada.

Cito el estudio anterior para realzar aspectos como “la actitud frente al cambio”, como una cualidad que nuestra sociedad deberá fomentar, especialmente, si estamos haciendo esfuerzos por estimular el emprendimiento y el desarrollo de las llamadas Empresas de Menor Tamaño (EMT).

En ese mismo sentido, cabe hacer el alcance que el 80% de la fuerza laboral de nuestro país está, justamente, en las micro, pequeñas y medianas empresas -que son las que más salen y entran al mercado-, por lo que ellas deberían tener conciencia de que lo más permanente es el cambio. En otras palabras, la capacidad de adaptarse a los nuevos requerimientos del mercado y aprender a leerlos, así como incorporar nuevas tecnologías debería ser una característica especial de las empresas más pequeñas; sin embargo, es justamente a ellas a quienes les resulta más difícil innovar.

Innovar o morir es más que una consigna: según recientes estudios, la innovación tecnológica aumenta en un 29% la tasa de sobrevivencia de las empresas. Considerando la tasa de salida de las firmas -el 78,2% de las empresas chilenas que tenían registros de producción en 1996, ya no existían al año 2002 (84,8% era micro, 58,6% pequeñas; 41,6% medianas; y 27,5% grandes)-, gastar en innovación y desarrollo contribuye a prolongar el ciclo de vida de las empresas.

El desafío no es menor, pero si logramos mejorar la educación y capacitación, vincular a la ciencia y a las empresas de acuerdo a las necesidades reales de estas últimas, fortalecer la alianza público-privada lograremos generar una cultura de la innovación, podremos avanzar hacia el anhelado desarrollo.

CAPITAL SOCIAL, CONFIANZA Y REDES

Volviendo a la reflexión sobre el desarrollo con que abrimos estas notas, los aspectos no económicos del desarrollo -como el capital social, por ejemplo-, desde hace un buen tiempo son valorados por académicos y expertos como parte de las variables que explican el desarrollo de los países. La confianza, las redes sociales, la información, la comunicación y las relaciones entre los ciudadanos son aquellos aspectos que no responden a criterios económicos, pero que pueden hacer la diferencia entre el desarrollo de un territorio y otro con similares características.

Aunque son aspectos cualitativos, son perfectamente medibles, cuantificables y explican el llamado desarrollo económico, pero que a estas alturas del debate ya debería entenderse como un desarrollo integral, humano, que considera mucho más que el crecimiento del PIB. Es la economía que vuelve a su origen más social que la vio nacer y del cual con el tiempo se fue alejando.

La información y el conocimiento son aspectos fundamentales de este nuevo paradigma que no sólo atribuye al capital y al trabajo los factores principales del

crecimiento y el desarrollo, sino que sitúa en estos intangibles una importante fuente de poder.

Como información es poder, democratizar el acceso a ésta es una forma de transferir poder a la base de nuestra sociedad. Hablamos de un poder ya no entendido como lo hacían los padres de la ciencia política (en términos de amigo-enemigo, dominador-dominado), sino más bien como el poder hacer cosas, el poder generar cambios a favor de la igualdad y del desarrollo integral de los seres humanos.

Asimismo, como innovar es agregar valor, la innovación en la forma de hacer política también es una exigencia de los tiempos en que los valores como la cooperación y colaboración paulatinamente se imponen sobre la competencia. La triada Estado-Mercado-Sociedad Civil representa un nuevo prisma para enfrentar los problemas públicos, y cada uno cumple un rol diferente: ni sólo Estado ni, por supuesto, sólo mercado. Cada cual tiene sus fallas y requiere de la intromisión del otro, con la participación cada vez más creciente del ciudadano y del consumidor en asuntos que le competen más directamente y que permiten agregar la mirada humana y práctica a las políticas públicas.

Los desafíos son muchos y mucho lo que se puede hacer desde el espacio público, vilipendiado en otros tiempos, pero revalorándose en el actual. Porque lo público sigue vigente, porque es lo común entre las personas, un espacio de encuentro a

través del cual las sociedades avanzan hacia un desarrollo cada vez más humano.-